

CRUZADAS
Y ÓRDENES MILITARES
EN LA EDAD MEDIA

Temas de Historia Medieval

Coordinador: JOSÉ MARÍA MONSALVO ANTÓN



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

CRUZADAS Y ÓRDENES MILITARES EN LA EDAD MEDIA

J. Santiago Palacios Ontalva



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Imagen de cubierta: *Mapa cruzado de Jerusalén y Palestina* (siglo XII),
Real Biblioteca de Bélgica, Bruselas.

© J. Santiago Palacios Ontalva

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-052-3
Depósito Legal: M-29.039-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	13
--------------------	----

PARTE I

EL ORIGEN DE LAS CRUZADAS Y EL NACIMIENTO DE LA NOCIÓN DE ORDEN MILITAR

1. EL ORIGEN DE LAS CRUZADAS	19
1.1. <i>Una cristiandad renovada y una Iglesia militante</i>	20
1.1.1. El largo camino hacia la sacralización de la guerra	21
1.1.2. La caballería y el mundo feudal en vísperas de las cruzadas	25
1.2. <i>El pontificado y el origen de la cruzada</i>	27
1.3. <i>El Mediterráneo oriental en torno a 1096</i>	32
1.3.1. El cristianismo en Tierra Santa antes de las cruzadas	33
1.3.2. El Imperio bizantino en crisis	37
1.3.3. Un islam fragmentado en dos califatos: abasíes y fatimíes	43
2. LA TOMA DE JERUSALÉN (1096-1099)	49
2.1. <i>Convocatoria y predicación</i>	50
2.1.1. Urbano II	50
2.1.2. La predicación	52
2.1.3. El mensaje de Clermont	54
2.2. <i>Respuestas y movilización</i>	55
2.2.1. La caballería: el brazo armado de la Iglesia	56
2.2.2. Pedro el Ermitaño y la cruzada de los pobres	58

2.3. <i>Expediciones y desarrollo de la cruzada hasta la conquista de Jerusalén</i>	59
2.3.1. El camino hacia Constantinopla	59
2.3.2. Cruzados en Oriente	62
3. LOS FRANCOS EN ULTRAMAR	69
3.1. <i>Formación y consolidación del reino de Jerusalén y del resto de los “estados cruzados”</i>	70
3.1.1. El reino de Jerusalén	70
3.1.2. La conquista de Ultramar y los otros estados cruzados	73
3.2. <i>El feudalismo europeo en Tierra Santa: estructuras y manifestaciones</i>	77
3.2.1. Monarquía, nobleza y poder feudal en Tierra Santa	78
3.2.2. Familias y linajes europeos en Ultramar	80
3.2.3. Instituciones feudales en Tierra Santa	81
3.3. <i>Cruzada y colonización: la defensa de los estados latinos</i>	82
3.3.1. Expediciones y cruzadas a partir de 1099	83
3.3.2. Mercaderes y comercio en la consolidación de los estados cruzados	84
3.3.3. Peregrinos y colonos para la defensa de Ultramar: protagonistas y promotores	85
3.3.4. Poblamiento y fortificación de las tierras francas ..	89
4. EL NACIMIENTO DE LA PRIMERA ORDEN MILITAR: EL TEMPLE	91
4.1. <i>La “revolución” templaria</i>	91
4.1.1. Antecedentes y origen	91
4.1.2. Primeros pasos institucionales	93
4.2. <i>San Bernardo y el Elogio de la nueva milicia</i>	94
4.2.1. La aceptación de un doble carisma religioso y militar	95
4.2.2. El impulso espiritual bernardiano	96
4.3. <i>Hacia la consolidación de la orden</i>	97
4.3.1. Lazos disciplinarios, estructura normativa y organización de la nueva institución	98
4.3.2. Primitiva historia de la orden: patrimonio inicial y actividades	101

PARTE II
LA MULTIPLICACIÓN DEL FENÓMENO CRUZADO

5.	LA REACCIÓN DEL ISLAM HASTA LA RECUPERACIÓN DE JERUSALÉN	105
5.1.	<i>Las consecuencias: la segunda cruzada</i>	105
5.1.1.	El impacto de la cruzada en el mundo islámico: estupor inicial y reacción.....	106
5.1.2.	La segunda cruzada: llamamiento y predicación (1145-1146)	109
5.1.3.	Otras órdenes religiosas y después militares: la Orden de San Juan del Hospital	117
5.2.	<i>La lucha por Jerusalén (1187)</i>	120
5.2.1.	La crisis del reino de Jerusalén.....	121
5.2.2.	De Nūr al-Dīn a Saladino y la unidad del islam ..	126
5.2.3.	El desastre de los Cuernos de Hattin y sus consecuencias.....	129
6.	LA CRUZADA DE RICARDO CORAZÓN DE LEÓN (1187-1192)	137
6.1.	<i>La nueva realidad de la cruzada</i>	137
6.1.1.	Nueva vigencia de viejos valores	138
6.1.2.	La secularización de la cruzada.....	140
6.1.3.	Un balance: innovación o evolución.....	141
6.2.	<i>Llamamiento y respuestas</i>	143
6.2.1.	Las noticias de Oriente	144
6.2.2.	Movilización y respuestas concretas	145
6.3.	<i>Las expediciones, objetivos y resultados</i>	147
6.3.1.	La cruzada de Federico I	148
6.3.2.	Las expediciones de Ricardo de Inglaterra y Felipe de Francia	149
6.3.3.	El asedio de Acre y la disputa por el reino de Jerusalén	150
6.3.4.	La cruzada de Ricardo Corazón de León continúa.....	152
7.	EL ESCÁNDALO DE LA CUARTA CRUZADA (1197-1204)	157
7.1.	<i>Los hechos y el desarrollo de la cruzada</i>	157
7.1.1.	Antecedentes y protagonistas	158
7.1.2.	Los prolegómenos de la expedición y el giro veneciano.....	163

7.1.3. La conquista y saqueo de Constantinopla	166
7.2. <i>Las consecuencias e interpretaciones de la cruzada.</i>	169
7.2.1. El nacimiento del Imperio latino de Romania (1204-1261)	169
7.2.2. El debate historiográfico	171
7.2.3. Hacia una concreción institucional de la cruzada	174
8. OTRAS CRUZADAS PARTICULARES	179
8.1. <i>De la “cruzada de los niños” a Egipto (1212-1221).</i>	179
8.1.1. Manifestaciones milenaristas de la cruzada	179
8.1.2. La quinta cruzada. La primera hacia Egipto	184
8.2. <i>La cruzada del Anticristo (1227-1229)</i>	193
8.2.1. La cruzada en el contexto del conflicto papado-imperio	194
8.2.2. La cruzada de Federico II	201
8.3. <i>La “cruzada de los poetas” (1239-1241)</i>	206
8.3.1. El contexto ultramarino y europeo	207
8.3.2. El desarrollo de la(s) cruzada(s)	211
8.3.3. El epílogo: la batalla de La Forbie (1244)	216

PARTE III

LAS ÓRDENES MILITARES Y LA DEFENSA DE TIERRA SANTA
HASTA 1291

9. LAS ÓRDENES MILITARES EN TIERRA SANTA	221
9.1. <i>Vida a la defensiva en Tierra Santa.</i>	221
9.1.1. La recomposición del mapa regional	222
9.1.2. Fortalezas y debilidades de Ultramar en el siglo XIII	225
9.2. <i>Las órdenes militares y la defensa de los estados latinos</i>	231
9.2.1. Nuevas órdenes al servicio de la cristiandad	232
9.2.2. Implantación y bases territoriales de las órdenes militares	234
9.2.3. Actividades y funciones. Una vocación de servicio	240

10.	FUNDAMENTOS Y ORGANIZACIÓN INTERNA DE LAS ÓRDENES MILITARES	251
10.1.	<i>Sociología y modo de vida</i>	251
10.1.1.	Freires y otros miembros de las órdenes	252
10.1.2.	Una vida regulada	254
10.2.	<i>Organización institucional y religiosidad</i>	257
10.2.1.	Estructuras de gobierno	257
10.2.2.	Jerarquías e instituciones	261
10.3.	<i>Crítica a las órdenes militares</i>	264
11.	EL FIN DEL ESCENARIO CRUZADO EN ULTRAMAR (1244-1291)	269
11.1.	<i>La primera expedición de Luis IX de Francia</i> <i>(1248-1250/1254)</i>	270
11.1.1.	Decisiones y preparativos	270
11.1.2.	Desarrollo de la campaña y consecuencias	273
11.1.3.	Entre el peligro mongol y la amenaza de los mamelucos de Baibars	277
11.2.	<i>Últimas reacciones cristianas</i>	282
11.2.1.	La “cruzada de los pastores” (1251)	283
11.2.2.	El contexto de la cruzada aragonesa de Jaime I (1269)	284
11.2.3.	La segunda expedición de san Luis (1270)	286
11.2.4.	Las cruzadas de Eduardo de Inglaterra y Gregorio X	288
11.3.	<i>Teoría y práctica para la recuperatione Terrae Sanctae</i> . .	291
11.3.1.	Proyectos, ideas y planes de cruzada después de la caída de Acre	292
11.3.2.	Las cruzadas tardías hasta el final de la Edad Media	295

PARTE IV

LOS OTROS ESCENARIOS CRUZADOS DE LA CRISTIANDAD

12.	CRUZADA Y RECONQUISTA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA	307
12.1.	<i>La Reconquista o la específica manifestación hispana</i> <i>de la cruzada</i>	308
12.1.1.	Las primeras manifestaciones de la cruzada hispana	308

12.1.2. Cruzada y reconquista en la cristiandad occidental	316
12.2. <i>Las cruzadas ibéricas entre el siglo XIII y XV</i>	320
12.2.1. Las cruzadas contra los imperios africanos (siglos XIII-XIV)	321
12.2.2. Las últimas cruzadas medievales hispanas	334
13. LAS ÓRDENES MILITARES EN LA PENÍNSULA IBÉRICA: ORIGEN Y FILIACIÓN	341
13.1. <i>Los orígenes de las órdenes militares en la península ibérica</i>	342
13.1.1. Calatrava	343
13.1.2. Santiago	345
13.1.3. San Julián del Pereiro, Trujillo o Alcántara	347
13.1.4. Évora o Avis	350
13.1.5. Órdenes territoriales aragonesas	351
13.1.6. Fundaciones tardías	356
13.3. <i>Tipología y filiación de las órdenes militares ibéricas</i>	362
13.3.1. Calatrava y las órdenes de filiación cisterciense	362
13.3.2. Santiago y la tradición agustiniana	367
14. EL CONTEXTO BÁLTICO Y LAS CRUZADAS CONTRA CRISTIANOS	371
14.1. <i>La cruzada y la orden teutónica</i>	372
14.1.1. Cruzada y misión en el Báltico	372
14.1.2. La orden teutónica y la expansión germana hacia el este	374
14.1.3. El estado teutónico de Prusia	377
14.2. <i>Las guerras santas contra los enemigos políticos y religiosos de la cristiandad</i>	380
14.2.1. Las cruzadas políticas contra los enemigos del pontificado	381
14.2.2. Las cruzadas antiheréticas contra los enemigos de la cristiandad	388
CONCLUSIONES	397
SELECCIÓN DE TEXTOS	401
<i>Texto 1: Carta de Agustín de Hipona a Bonifacio (c. 417)</i>	401

Índice

Texto 2: <i>Elogio de la Nueva Milicia de San Bernardo</i> (anterior a 1136) [prólogo]	403
Texto 3: <i>Regla primitiva de la Orden del Temple</i> (1228)	407
Texto 4: <i>El Kitāb al-Ŷihād de as-Sulamī y la reacción</i> <i>del islam a la primera cruzada</i> (c. 1105)	410
Texto 5: <i>Relaciones entre francos y musulmanes en Palestina</i> <i>según Usāma ibn Munqid</i> (m. 1188)	413
Texto 6: <i>Consecuencias de la batalla de Hattin, según el</i> <i>secretario de Saladino, 'Imād ad-Din</i> (m. 1201)	414
Texto 7: <i>Constitución Ad liberandam y la institucionalización</i> <i>de las cruzadas</i> (14 de diciembre de 1215)	417
Texto 8: <i>Memorial de los Reyes Católicos</i> <i>en el que da cuenta al papa Inocencio VIII</i> <i>de su idea de la cruzada</i> (marzo de 1485)	420
 BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA	 425

2

LA TOMA DE JERUSALÉN (1096-1099)

A finales del siglo XI las condiciones para que se produjera un acontecimiento como la primera cruzada estaban dispuestas: la militarizada y piadosa sociedad cristiana, con la indispensable tutela de la Iglesia, encontró beneficioso canalizar su violencia estructural y sus aspiraciones penitenciales hacia una guerra externa a la cristiandad, que presentaba ciertos rasgos de semejanza con la peregrinación. El papado, por su parte, había actuado para dirigir aquella transformación global, como manifestación de una autoridad universal recién adquirida gracias a los efectos regeneradores de la reforma. Así fue como su capacidad rectora de los destinos del mundo se contrastó en relación con la pugna política frente al Imperio occidental, a la disputada primacía respecto a la Iglesia oriental, o en relación con su autoridad disciplinaria sobre el resto de Iglesias y monarquías cristianas, y se proyectó incluso en una perspectiva externa, de modo que hizo del islam y de la liberación de Tierra Santa el enemigo común y el objetivo concreto que consolidaría su liderazgo.

La primera cruzada fue la aleación surgida en aquel crisol. Fue el resultado de la acción de un hábil metalúrgico —el papado—, que llegó a una nueva fórmula sobre la base de estructuras anteriores y favorables coyunturas presentes. Y sería, a partir de entonces, el modelo de guerra santa cristiana sobre el que establecer cualquier comparación o del que servirse para su repetición como herramienta pontificia, e incluso regia, ante expedientes de

diversa índole. Su éxito inicial fue su principal aval, ya que, como sabemos, la expedición convocada por Urbano II consiguió sus objetivos: Jerusalén y los Santos Lugares fueron conquistados para la cristiandad al filo del siglo, produciéndose además la instalación de los francos en aquellas tierras, gracias a la implantación en Oriente de algunas viejas instituciones feudales europeas, pero también a partir del nacimiento de otras nuevas: las órdenes militares.

2.1. *Convocatoria y predicación*

Deus le volt! (“¡Dios lo quiere!”) gritaron los fieles congregados en Clermont el 27 de noviembre de 1095, tras escuchar las palabras del papa y asistir a toda una escenificación en la que Urbano II había lanzado la cruzada. Era la respuesta esperada, quizá programada y dirigida, de los receptores de un mensaje perfectamente calculado en su dimensión apelativa, que había sido transmitido con gran emotividad por un emisor muy dotado para la comunicación. Se trataba de un mensaje cargado de un significativo, deliberadamente impreciso y sin embargo muy poderoso contenido, que fue perfectamente comprendido por quienes lo recibieron y resultó capaz de movilizar una respuesta de dimensiones universales. El objetivo inicial era, en cambio, concreto: la conquista de Jerusalén, dando con ello cauce a las aspiraciones escatológicas y políticas de los miles de hombres y mujeres que emprendieron su marcha hacia Oriente tras escuchar las palabras del papa o de quienes predicaron esta cruzada en su nombre. Analicemos, a continuación, los elementos participantes de aquel monumental acontecimiento, la convocatoria de la cruzada, para después tratar sobre los detalles logísticos, organizativos y militares de la movilización surgida como respuesta.

2.1.1. Urbano II

Urbano II protagonizó, sin duda, el acontecimiento del que nos ocupamos. Hijo de una noble familia y de excelente formación, Odón de Lagery ya destacaba en la curia por sus dotes y por su adhesión firme a las ideas reformadoras cuando en 1088 accedió al trono de San Pedro. La primera parte

de su pontificado, sin embargo, la debió dedicar a superar el cisma que había provocado, con el apoyo del emperador Enrique IV, la elección del antipapa Clemente III, por lo que no pudo ocupar efectivamente la sede romana sino hasta la primavera de 1094. Entonces todo cambió y se hizo evidente que su liderazgo estaba destinado a más altas metas o, en cualquier caso, a extenderse con determinación en todos los ámbitos de la sociedad cristiana cuyos destinos aspiraba a dirigir.

Tras algunos momentos de debilidad a la muerte de Gregorio VII, la figura del papa se proyectaba con fuerza, prestigio e influencia en todas direcciones posibles: en el seno de la Iglesia la dirección espiritual y disciplinaria del pontífice era reconocida, tanto entre el clero secular como regular; su influencia sobre la caballería se concretaba en medidas en favor de la Paz y la Tregua de Dios, que ponían a parte de los laicos más poderosos bajo la autoridad moral del estamento eclesiástico; y en relación con todos los demás cristianos, pero particularmente para los más desfavorecidos, el papado impulsaba una vía de salvación de carácter igualitario, nos referimos a las indulgencias obtenidas a partir de diversos medios, entre los que ya estaba la peregrinación, y a los que se incorporó el servicio de armas por convocatoria papal.

Junto a Urbano II hay otras personalidades que participaron activamente en la generación del mensaje papal o cuyo concurso resultó decisivo en su extensión y materialización, aunque no puedan ser tenidos como convocantes directos de la cruzada. Nos referimos en primer lugar a varios preladados franceses e italianos, entre los que cabe mencionar a Ademar de Monteil, obispo de Le Puy, que había peregrinado recientemente a Palestina y se convirtió en legado papal para la cruzada; hablamos de Daimberto, arzobispo de Pisa, llamado a ser después patriarca de Jerusalén; así como de otros miembros de la corte papal que participan de la actividad frenética del pontífice en los meses anteriores y posteriores a noviembre de 1095, entre ellos, el abad Hugo de Cluny, cuya orden estaba firmemente comprometida con el espíritu de la reforma gregoriana y constituía cantera esencial de fieles servidores papales. Por supuesto, también hemos de incluir en esta relación a algunos nobles cuyo concurso en los primeros estadios del proyecto papal parece confirmado, entre ellos, Raimundo IV de Saint-Gilles, conde de Tolosa, que se perfilaba como el caudillo militar de la expedición; o Balduino de Mons, conde de Hinault, que acabó perdiendo la vida en ella.

2.1.2. La predicación

Los canales para que la autorizada voz del papa pudiera llegar a los oídos de todos los cristianos fueron, por otro lado, básicamente dos: la celebración de concilios donde sus palabras eran escuchadas por las altas jerarquías de la Iglesia, y la predicación que, a partir de aquellas convocatorias regionales, las extendía generosamente por una parte de la cristiandad. El Concilio de Piacenza, que tuvo lugar en marzo de 1095, fue la primera de aquellas reuniones convocadas por Urbano II, y en ella, además de representantes del clero italiano, franco y alemán, participaron embajadores bizantinos. La reunión fue sobre todo una muestra evidente del “gregorianismo en acción” (Tyerman, 2012: 78); un foro en el que avivar la llama de la reforma de la Iglesia con la vista puesta en una nueva convocatoria que tendría lugar en noviembre en tierras borgoñonas. Pero no parece, en cualquier caso, que la presencia de los bizantinos fuera una cuestión menor dentro del elaborado plan papal, puesto que los discursos que pronunciaron en la asamblea sembraron en los asistentes una semilla de responsabilidad respecto a la defensa de la cristiandad oriental.

Desde el 18 de noviembre de 1095 se dieron cita en la ciudad auvernesa de Clermont unos trescientos clérigos en otro concilio cuyos treinta y dos cánones resultantes abordaban cuestiones disciplinarias que, básicamente, eran las que preocupaban a los reformadores de la Iglesia. Sin embargo, significativamente el primero y el segundo de los acuerdos conciliares se centraban en dos asuntos ya subrayados y especialmente trascendentales para la posterior convocatoria de la cruzada: la Paz y Tregua de Dios, y el impulso de la peregrinación a Jerusalén como destino penitencial recompensado con indulgencias (Flori, 2013: 191-208).

No encontramos, sin embargo, rastro de un llamamiento a la guerra santa en aquel registro conciliar, pero la reunión tendría un apéndice de gran trascendencia el 27 de noviembre, cuando fue convocada una sesión pública en la que se haría un importante llamamiento y se dispuso todo lo necesario para que el acto resultara recordado por los asistentes. Puesto que en la catedral el aforo era más limitado, se levantó extramuros una tribuna, y en ella se situó el trono papal. Reunida la multitud, el pontífice se puso de pie y comenzó un sermón cuya literalidad no conocemos, aunque fue reproducido por diversos cronistas posteriores. Hablaremos de su tono

y contenido más adelante, pero nos interesa seguir ahora con los gestos que determinaron parte de la efectividad de las palabras del papa, que fueron interrumpidas por los gritos de júbilo de los asistentes, asumiendo con ello el mandato divino que estaban recibiendo. Al discurso siguió el compromiso del obispo de Le Puy a sumarse a la expedición, quien enarboló una cruz –convenientemente preparada para la ocasión– y marcó así la forma de actuar que se esperaba del resto de asistentes. El cardenal Gregorio dirigió después, de rodillas y en voz alta, una confesión general que fue finalizada con la absolución del papa. Tras ello todos volvieron a sus casas, seguramente impactados por un mensaje y una escenificación deslumbrante que recurría a elementos previos reconocibles –como la peregrinación y su sentido penitencial– junto a nuevos símbolos e ideas, como la guerra explícita, el objetivo jerosolimitano o la cruz, que potenciaban el novedoso llamamiento lanzado (Flori, 2003: 303-325; Tyerman, 2012: 82-93).

La voz y los mensajes del papado en relación con la cruzada necesitaron, asimismo, una dispersión más amplia que solo fue posible alcanzar a partir de la predicación en un ámbito geográfico más dilatado. El papa estuvo directamente involucrado en dicha labor propagandística, y lo hizo en un viaje sin descanso desde que abandonara Piacenza hasta que regresó a Roma en septiembre de 1096. Recorrió en él buena parte de la Francia actual, excepto las tierras de sus enemigos anglonormandos y las que estaban bajo la autoridad del rey capeto, y cada uno de sus actos en las más importantes urbes y centros religiosos fueron revestidos de gran teatralidad, como correspondía a la egregia figura que los protagonizaba.

Se mandaron cartas a muchos obispados de Europa que contenían lo esencial de la convocatoria cruzada, e incluso se celebraron concilios provinciales para organizar las iniciativas locales de respuesta. En otras ceremonias más modestas, en el marco familiar de la liturgia eclesiástica o en sermones improvisados, el mensaje fue reiterado, amplificado y seguramente tergiversado por predicadores menores, impulsados por sus autoridades diocesanas, o bien por miembros del bajo clero que se hacían eco del llamamiento y lo repetían a nivel popular.

Fue así como se produciría una movilización masiva de cristianos de base –cien mil personas, según algunos cálculos (Tyerman, 2016: 75)–, activados por los ecos sociales, milenaristas y apocalípticos que impregnaron el men-

saje de la cruzada al pasar por el tamiz de aquellos eremitas dispersos por los caminos de Europa. Entonces, entre ellos se elevó la figura de un carismático monje llamado Pedro y conocido como el Ermitaño, cuyo aspecto humilde, austeras costumbres y mensaje inspirado causó honda repercusión en un pueblo empobrecido y desesperanzado, que renovó gracias a él motivos para la fe en su salvación. Tenemos pocas certezas acerca del contenido de la predicación de Pedro el Ermitaño, que en lo esencial era coincidente con el discurso oficial de la cruzada, aunque, como matiza Carlos de Ayala (2004: 98-106), los elementos canónicos y penitenciales, su carácter social o el valor simbólico otorgado a Jerusalén se encontraran agudizados o intensificados en esta vertiente popular.

2.1.3. El mensaje de Clermont

Fuera en el formato que fuese, cabe resumir ahora los rasgos básicos del mensaje que Urbano II lanzó en aquel primer discurso de Clermont y en sus secuelas geográficamente dispersas, cuya esencia fue recogida por varios autores que, en la mayoría de los casos, pudieron haber sido testigos presenciales del este. Nos referimos a Raimundo de Aguilers, Fulquerio de Chartres, Roberto el Monje, Baldric de Bourgueil o de Dol, y Guiberto de Nogent.

Pues bien, aunque la transmisión por tantas voces pudiera introducir un factor de distorsión, del destilado de los mensajes se puede extraer un contenido común. Así, tras describir los sufrimientos de los peregrinos se lanzaba un llamamiento para ayudar a los cristianos orientales amenazados por los turcos, con la especial obligación de liberar los Santos Lugares y Jerusalén del yugo islámico. En concreto la Ciudad Santa reunía dos elementos esenciales del mensaje papal: por un lado, adquiriría una centralidad escatológica como frontera entre el Cielo y la Tierra, así como escenario del fin de los tiempos que era necesario liberar previamente; y por otro, establecía una especial relación con la vida del propio Jesús, que la situaba como el más importante *locum sanctum* de la cristiandad, cuya visita en peregrinación se convertía en el destino más meritorio de todos los posibles. Asociando, de nuevo, el mensaje con la figura del salvador, la cruz se convirtió en símbolo de la empresa: valiosas reliquias procedentes de

Palestina, entre ellas, numerosos fragmentos de la Vera Cruz, eran atesoradas por los principales santuarios europeos. El mismo papa o sus enviados distribuyeron cruces en los lugares donde predicaron. Y es bien sabido que en aquellas ceremonias los cruzados cosían estos emblemas sobre sus ropas o se las tatuaban en el cuerpo, identificándose así como *crucesignati* (Tyerman, 2016: 187).

La solicitud que formulara el papa o sus acólitos se acompañaba de una atractiva oferta de recompensas espirituales para los participantes de la cruzada: el perdón de sus pecados, especialmente para quienes murieran en batalla, aunque bien es cierto que una calculada ambigüedad se instaló en relación con este ofrecimiento, ya que la primitiva remisión de las penas impuestas como penitencia se amplió generosamente por parte de algunos predicadores a una completa inmunidad que perdonaba a los cruzados, por el hecho de serlo, todos los pecados cometidos.

La peregrinación a Jerusalén, el modelo cristológico, el símbolo de la cruz, el sentido penitencial, así como la guerra como herramienta para llevar a cabo esta serie de objetivos materiales y trascendentales, fueron, por tanto, los elementos fundamentales del mensaje papal. Su contenido potenciaba asimismo una lectura incontestable que colocaba al pontífice en posición preeminente y que hacía de esta guerra santa penitente la manifestación de una nueva sociedad. Veamos a continuación cómo respondió esta comunidad cristiana a tan radical discurso.

2.2. Respuestas y movilización

El llamamiento papal precisó de un receptor colectivo y diverso, capaz de reaccionar, según sus capacidades y posición dentro de la sociedad cristiana, a las palabras y gestos del papa o sus portavoces. Esa respuesta solo era esperable si el mismo, como parece que ocurrió, hubiera sido emitido con efectividad y dentro de unos parámetros referenciales conocidos por los destinatarios. Pero además hubo circunstancias que propiciaron la difusión de los mensajes que llamaban a la movilización sobre territorios concretos de los que salió el grueso de las tropas, y de igual modo destaca la labor de diversos centros monásticos que ayudaron a financiar las expediciones de muchos caballeros de cortes y linajes vinculados a ellos.

2.2.1. La caballería: el brazo armado de la Iglesia

En cualquier caso, a la hora de identificar los diferentes receptores sobre los que incidió la convocatoria y predicación de la cruzada; acerca de sus motivaciones y respuestas, así como del grado de movilización que fueron capaces de desplegar, cabe exponer, de inicio, una consideración: la expedición, en los parámetros que el papa había pergeñado, constituía fundamentalmente una empresa militar que debía protagonizar la caballería cristiana integrada por la alta y baja nobleza, con la significativa exclusión de las monarquías europeas, hecho que solo pretendía enfatizar el liderazgo papal de un proyecto que hacía de los *milites* el brazo armado de la Iglesia. Esta intención se evidenció, además, a través de dos circunstancias añadidas: por un lado, en la designación de un legado que ejerciera de vicario del pontífice en campaña, el obispo de Le Puy, y en el encargo de la dirección militar a otro declarado servidor papal, Raimundo de Tolosa.

Aunque ambos participaban de los planes de Urbano con anterioridad a Clermont, ni uno ni otro consiguieron un verdadero control espiritual-disciplinario o logístico-organizativo de la cruzada. La heterogénea composición y extracción social de los participantes, junto a la dispersión territorial de sus lugares de procedencia, seguramente tuvieron mucho que ver en aquella realidad. Y es que grandes nobles y miembros destacados de casas nobiliarias europeas se integraban junto a sus vasallos y clientes de segundo rango en un formidable e híbrido grupo de caballeros, algunos de los cuales encontraron en la cruzada no solo una vía de perfección espiritual, sino una buena forma de promoción social y de ensanchamiento de sus horizontes vitales o patrimoniales. Como puntualiza Jean Flori, aunque no fueron tan mayoritarios los segundones participantes, el viaje en sí mismo significaba un importante desembolso económico al alcance de no todos los bolsillos, y el éxito en él o la esperanza de botín resultaba muy atractiva pero muy incierta, como lo demuestra que muchos de aquellos barones regresaran más empobrecidos a sus tierras, o que solo un exiguo porcentaje hiciera fortuna en Ultramar y se acabara estableciendo en Tierra Santa.

Al igual que ellos, algunos grandes nobles siguieron el mismo camino. A pesar de haber sido excomulgado precisamente en Clermont y de que la predicación de la cruzada había esquivado sus tierras, Felipe I de Francia

escribió al papa ofreciendo la participación en ella de su hermano Hugo de Vermandois, a quien se le unieron en Italia algunos caballeros franceses como Clarambaldo de Vendeuil o Guillermo el Carpintero. El emperador Enrique IV de Alemania, que nunca hubiera apoyado un plan con un liderazgo papal tan acusado, tampoco estaba lógicamente entre los participantes, porque además había sido igualmente excomulgado, pero de sus tierras salieron algunos señalados caballeros como Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, así como sus hermanos, el poco entusiasta Eustaquio y el ambicioso Balduino, o su primo Balduino de Rethel, señor de Le Bourg, que integraron una fuerza aproximada de mil caballeros y siete mil infantes, entre los que se enrolaron otros muchos caballeros valones y loreneses.

De todos los ejércitos movilizados, parece que el más numeroso fue, en cambio, el que dirigió Raimundo de Saint-Guilles, conde de Tolosa y fiel servidor del papa en sus guerras contra normandos o sarracenos andalusíes. Este convocó a unos diez mil combatientes (mil doscientos de ellos, caballeros) del Midi y otras zonas de Francia, entre los que se encontraban el vizconde Gastón de Bearn, Rombaldo, conde de Orange, Gerardo de Rosellón, Guillermo de Montpellier e importantes eclesiásticos como el propio Ademar de Le Puy o el obispo Guillermo de Orange. Por otro lado, aunque en el sur de Italia no fue predicada la cruzada, Bohemundo de Tarento encabezó un contingente de quinientos belicosos y siempre dispuestos caballeros normandos, incluyendo a su sobrino, Tancredo, o a sus primos Ricardo y Rainulfo de Salerno. Y por último, en la nómina de grandes nobles comprometidos en la primera expedición cruzada, cabe mencionar el heterogéneo grupo que acaudillaba Roberto de Normandía, primogénito de Guillermo el Conquistador; al que acompañaban su cuñado Esteban de Blois y el joven Roberto II, conde de Flandes, cuyas tropas en conjunto debían de sumar mil seiscientos caballeros procedentes del norte de Francia, Inglaterra, Escocia y Flandes. El total de los cuatro grandes ejércitos nobiliarios arroja, por tanto, una cifra que rondaría los cuatro mil quinientos caballeros y estaría en torno a treinta mil infantes, un número sin duda importante, según las estimaciones más realistas (Runciman, vol. I, 1997: 320-325), pero con muy comprometidas capacidades militares, debido, sobre todo, a una composición sumamente diversa y a la ausencia de cuadros de mando coordinados.

2.2.2. Pedro el Ermitaño y la cruzada de los pobres

El protagonismo de la nobleza acabó siendo determinante en el desarrollo de la cruzada, pero cabe señalar que el primer contingente (llamarlo “ejército” sería pretencioso) de cruzados que se puso en marcha hacia Oriente, respondía a otro perfil social de extracción mucho más humilde. Se trataba de la cruzada o protocruzada “de los pobres”, que había sido congregada a partir de la predicación de personajes tan carismáticos, populistas y apocalípticos como Pedro el Ermitaño o Roberto de Arbrissel, y que movilizó de veinte a cuarenta mil hombres, mujeres y niños, de toda condición, entre laicos, consagrados y algunos pocos caballeros. Todos ellos se vieron impulsados por un mensaje evangélico, penitencial y milenarista, reforzado por todo tipo de signos considerados sobrenaturales (eclipses, terremotos o cambios climáticos) que tuvieron lugar en torno a los años finales del siglo XI y que fueron considerados manifestación del respaldo divino que tenía la iniciativa papal. En definitiva, esta respuesta popular, que pudo haberse empezado a gestar antes incluso de Clermont, en la primavera de 1096 ya estaba en marcha por los caminos de Europa, ampliando con ello el fenómeno desde la perspectiva social con la participación de los más desfavorecidos.

Entre quienes respondieron inicialmente a la convocatoria pronunciada en Clermont tenemos, además, noticias de otros grupos de cruzados que no han dejado apenas rastro en las fuentes, pero sabemos que se movieron al margen de las grandes movilizaciones. Es el caso de las tropas que Pedro el Ermitaño ya se encontró en Constantinopla cuando llegó allí en el verano de 1096; de contingentes que, supuestamente en marcha hacia Jerusalén, siguieron asaltando juderías alemanas tras el paso de las cinco grandes expediciones; así como de muchos marinos de las repúblicas italianas que participaron como tripulaciones de los transportes comprometidos con el traslado de tropas y pertrechos a Tierra Santa.

Tuvieran la extracción u origen que fuese, todos esos contingentes expedicionarios tomaron Constantinopla como lugar de reunión y etapa crucial de sus respectivos itinerarios, esperando encontrar allí la gratitud de sus coreligionarios y un punto de encuentro desde el que organizar el asalto definitivo a Tierra Santa. Sin embargo, cuando los ejércitos llegaron a Bizancio la reacción de los cristianos orientales ante la avalancha que se avecinaba no fue en modo alguno tan positiva como se esperaba. Las sensaciones de

inquietud y amenaza fueron más generalizadas que las de alivio o gratitud. Un fundado temor se extendía también sobre su población, pese a lo cual el emperador brindó a los líderes de la expedición una diplomática bienvenida con el único objetivo de tratar de domesticar sus ansias y reconducirlas en su propio beneficio.

2.3. Expediciones y desarrollo de la cruzada hasta la conquista de Jerusalén

Divididos en cuatro grandes ejércitos, a los que se habían anticipado los seguidores de el Ermitaño, los contingentes occidentales, tras concentrarse en Constantinopla entre finales de 1096 y la primavera de 1097, fueron trasladados de inmediato al otro lado del Bósforo, en concreto a las puertas de la que iba a ser la primera gran conquista cruzada en Oriente, la ciudad de Nicea. Era junio de 1097, y desde allí avanzaron por Anatolia hasta llegar al norte de Siria, donde se produjo el asedio y conquista de Antioquía entre octubre de 1097 y junio de 1098, en el que sería uno de los episodios más extraordinarios de la campaña. En la marcha de las tropas hacia el sur, fueron cayendo en poder de los francos varias ciudades costeras sirias, así como regiones del interior en torno a Edessa o parte de la Cilicia armenia, avanzando finalmente por Palestina hasta el asedio de Jerusalén que se producía en junio de 1099.

2.3.1. El camino hacia Constantinopla

A) La movilización popular

Pedro el Ermitaño, como sabemos, fue el primero en organizar su expedición y, aunque comenzó la predicación en tierras francesas, concentró en Colonia el grueso de sus seguidores: un abigarrado grupo de hombres, mujeres e incluso niños, en buena medida alemanes. Desde allí emprendió un recorrido terrestre que atravesaba la Renania y, siguiendo el curso del Danubio, penetraba en Hungría, cruzaba después los Balcanes, para llegar finalmente a Constantinopla. Otros grupos reclutados por predicadores